

os, otro 44 y un tercero, 41; algo más lejanos, aparecen 28 papeletas para otro socio y otras más de 5, 3 y 1 voto. Por ello, aunque de un modo un tanto irregular, parecía que se había elegido presidente, pero aún quedaba un detalle pintoresco más. Uno de los componentes de la mesa afirma: "Hay que volver a votar, porque hay muchas papeletas repetidas". El tumulto ya es total, originándose una larga discusión en la que nada se aclaró.

La situación podía haberse prolongado indefinidamente, si el titular de la mayoría de las papeletas, Eladio García Garrido, no hubiera tomado la decisión de subir al estrado. Previamente se dirigió a la mesa preguntando cómo se podía decir que había más papeletas de las reales, si estaban presentes 210 socios y se habían computado 196 papeletas.

Desde la mesa, García Garrido consiguió hacerse oír, cortando el agrio debate entre unos socios y otros. Tras unas reflexiones sobre el comportamiento, preguntó: "Esta asamblea, ¿ha elegido presidente?", recibiendo un sí casi rotundo de la sala; "Creo —continuó— que ha sido en mi persona, lo que no significa ninguna satisfacción, pero pregunto: esa mayoría, ¿me elige presidente del Casino la Unión?". Una cerrada ovación confirmó la proclamación efectiva del nuevo presidente, quien ya, seis años atrás, había desempeñado el puesto.

De la personalidad de Eladio García Garrido, de su seriedad y conciencia, como hombre de cultura y socio de la entidad, se esperan realidades muy positivas para la sociedad. Por lo pronto, supo cortar con energía y sentido común una situación que amenazaba con prolongarse indefinidamente. — J. G

## De San Julián, el bunker, la democracia y otras cuestiones

Por Carlos DE LA RICA

En la ya variopinta geografía de mis interpretaciones o en el orden impuesto por mi admiración, devoción y cariño hacia Julián de Cuenca -San Julián- una misma afirmación es la falsilla continuamente obligada en el trazado de su presentación: Siempre, siempre, vengo a dimensionarlo en el adelantado ecumenista, en el intelectual, en el manual obrero artesano, en el pastor inimitable, entregado a la tarea de llevar pan y amor al prójimo herido por la desgracia o la miseria. Los valores humanos y cristianos del obispo —segundo en la historia diocesana de Cuenca— son el marco de un compromiso nada conceptual y sí muy en la línea pastoralista de servicio al Pueblo. El acomodo en su determinada circunstancia histórica no es obstáculo —a Dios gracias— de una ejemplaridad muy actual, que nos lleva muy lejos, si nos lo proponemos.

Cuando adviene con su poblada babca al entramado de araña de las callejas y plazoletas conquenses, han sido trazadas ya las líneas gótico-normandas de la catedral, impuestas por los arquitectos de doña Leonor de Inglaterra, la esposa del VIII de los Alfonsos —o el IX de las Crónicas—. También en su cabeza bullen los textos de Moisés ben Maimónides —huído al Eret Israel tras la conquista de Córdoba por los almohades—, los razonamientos cristianos de la pre-universidad palentina y sus saberes de las suras coránicas; ha leído quizá a Bahya ibn Paquda, a la par que las estrofas del Sir ha Sirim y sus encuentros con la Palabra son frecuentes en el alto mirador del Tranquilo, entretanto sus dedos resbalan una y otra vez, distraídos por la costumbre, en los mimbres que entrelazan sus cestas. Pero hay ante todo una doble preocupación: convertir a Dios —que no a sus ideas— al hombre, y esto mediante un servicio de compromiso temporal hacia los hermanos. En definitiva, el doble mandamiento de Jesús. Pues bien, hace algunos años, en mi homilía de San Julián en San Pedro de las Doncellas, de Barcelona, alguien me susurró al terminar: me parecía escuchar a un Basteiro cristiano.

En este mismo año, mi amigo Enrique Domínguez Millán, en su Madrid habitual y en comida de hermandad el día del Santo, dijo algunas palabras que venían encajadas al momento español: San Julián, modelo demócrata. (Yo lo repito sin cesar: nuestro Obispo fue un modelo del diálogo, que es tanto como afirmar lo mismo. Se dialoga y no se discute; ni se imponen criterios, se exponen). De entre los circundantes, alguno pronunció tajante: Eso suena a mitín. No terminan de digerir la

Nova Cançó reciente, no recogen el banderín del aggiornamento, la mente sigue obtusa y para hacerlo más gráfico me remito a la irónica interpretación que Lorenzo Goñi hizo hace poco en uno de sus dibujos dedicados a revista. Creo que igualmente en Cuenca existe un bunker con su tufillo a ocarinas o a zarzueleo folklórico. Y ya periclitaron los tiempos en que una pobre mujer "hereje" ponía en pie de guerra por el peligro de su presencia y movilizaba velas y candelas. (Claro que ahora esas velas y candelas van a encenderse en todos esos Palmares de Troya dispersos por nuestro gracioso mundo bunkeriano).

La sustitución de Cristo por la intransigencia conduce indudablemente a una profunda crisis que desboca en tragedia. Ahí está planteado el problema por Peter Shaffer en Alan Strang y el caballo Plata. Cuando la desviación se hace en nombre del mismo Cristo, la cosa resulta peor, pues el espíritu intransigente e inquisitorial anida en el rencor y rompe los módulos de la convivencia. Por eso me pareció magnífica y rotunda en su incienso profético la homilía del Cardenal Tarancón en el día de la exaltación de la Corona, en presencia de Europa y tomando la palabra y el deseo del Pueblo español, que ansía su participación auténtica y no la dirección paternalista de nadie. Era la aceptación de buena voluntad de un Rey que desea dialogar y servir a su Pueblo. Por eso mismo no nos han sonado tan bien las otras palabras de Arias dirigidas a unas Cortes en las que tantos no nos sentimos representados.

La democracia comporta exigencias en el mutuo respeto, tolerancia, y es la llamada a la tarea común de la construcción de un mundo más justo y esperanzado en el futuro, pero en el que el protagonista somos cada uno y no la sola voluntad de sólo un grupo que ordena y dispone de los menores de edad confiados a ellos por tutela. El ejercicio de la soberanía pertenece al Pueblo, de él dimana y el poder se ejerce en su nombre.

Quisiera que este reducido teatro en que vivimos reportara algo más que una pasividad y una espera de brazos cruzados. Cuenca tiene que tener conciencia que aquí se monta un bunker empalmado en el pasado, pero no en la tradición que es muy otra en nuestra historia escrita en cada piedra y en conquistas ideológicas e inquietudes.

Y conste que no me arrepiento de haber traído aquí primero a San Julián de Cuenca. El nos hace mucha falta en esta hora del diálogo.